UN POLEMISTA SIN CONTRINCANTES. LA PROSA AMERICANISTA DEL POETA Y DRAMATURGO MANUEL JOSÉ DE LAVARDÉN EN EL *SEMANARIO DE AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO*[1]

A polemicist without opponents. The Americanist prose of the poet and playwright Manuel José de Lavardén in *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*

Matías Maggio-Ramírez
Universidad Nacional de Tres de Febrero, Argentina

Resumen: Manuel José de Lavardén evidenció en el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* cómo se discutieron en Buenos Aires las obras de Cornelius de Pauw y William Robertson. Frente a la mirada denigratoria sobre los americanos, justificada por el determinismo climático y la herencia española, la prosa de Lavardén operó como una reivindicación identitaria que cuestionó los argumentos que no pudieran corroborarse en hechos. De esta manera concluyó que la decadencia económica española venía dada, entre otras causas, por el contrabando y la piratería de las naciones enemigas.

Palabras clave: Manuel José de Lavardén, *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, determinismo climático, Juan Hipólito Vieytes, identidad, prensa virreinal.

Abstract: In *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, Manuel José de Lavardén showed how the works of Cornelius de Pauw and William Robertson were discussed in Buenos Aires. Faced with a denigrating view of the Latin Americans, justified by climatic determinism and Spanish heritage, Lavardén's prose operated as an identity claim which questioned arguments that could not be corroborated in fact. In this way he concluded that Spanish economic decadence was codified, among various causes, by the contraband and piracy of enemy nations.

1. Este artículo tiene como punto de partida la tesis doctoral *Civilidad imaginada. La construcción de la civilidad como signo identitario en la prensa tardocolonial porteña. Un análisis del «Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico del Río de la Plata» y del «Semanario de Agricultura, Industria y Comercio» entre 1801-1803* defendida en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires en agosto del 2016.

Keywords: Manuel José de Lavardén, *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, climatic determinism, Juan Hipólito Vieytes, identity, virreinal press.

1. Introducción. La disputa del Nuevo Mundo en Buenos Aires

A Juan Hipólito Vieytes se le leyó molesto cuando se preguntó: «¿Cuándo enmudecerá la maledicencia?», porque los seguidores de Cornelius de Pauw sostuvieron sin pudor que los americanos regían sus costumbres por las pasiones, además de haber heredado de los españoles el carácter afeminado, la dedicación al ocio y el gusto por los placeres. Los letrados rioplatenses tuvieron en la prensa el espacio para rebatir los argumentos que los filósofos europeos esgrimieron en sus obras sobre un territorio que nunca habían visitado. Al reseñar con pluma afilada las obras de Cornelius de Pauw y William Robertson se configuró discursivamente la identidad americana centrada en las buenas maneras.

El primer periódico impreso en la sede del Virreinato del Río de la Plata entre 1801 y 1802 fue el *Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico del Río de la Plata* (*TM*), que dejó de aparecer por alejarse de los temas de su título y por una acumulación de errores que molestaron a las autoridades coloniales. Entre el 1 de septiembre de 1802 y el 11 de febrero de 1807 se publicó el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* (*SAIC*), dirigido por Juan H. Vieytes; fue el único periódico que se sostuvo en Buenos Aires y en él se publicaron tres cartas firmadas por Juan Anselmo de Velarde, anagrama del letrado Manuel José de Lavardén, que reivindicaron a los españoles americanos ante la prosa de los eruditos europeos que mancillaron la civilidad americana. La rápida circulación de la cultura impresa entre Europa y América no solo acortó las distancias entre la metrópolis y las colonias ultramarinas, sino que también avivó las réplicas porteñas. Los letrados americanos estaban al tanto de los debates y lecturas peninsulares porque recibían los periódicos españoles encuadernados en tomos. En cambio, las palabras de los americanos en pocas ocasiones se leyeron en la metrópoli y probablemente nunca más allá de los Pirineos (Torre Revello, 1940; Parada, 2002).

Lavardén fue uno de los pocos que estuvo en el primer número del *Telégrafo* con su «Oda al Paraná», que se transformaría en pieza emblemática de la literatura del neoclásico en Buenos Aires, y en los números iniciales del *Semanario*, aunque escondido bajo un seudónimo, así como en el *Regañón General* español, tal vez sin enterarse. Aunque sin el furor argumentativo de los jesuitas, los letrados americanos tuvieron reacciones reivindicatorias de la identidad americana en la prensa finicolonial, pero pasaron desapercibidas por la historiografía que abordó este problema (Gerbi, 1960; Chiaramonte, 1997; Brading, 2003; Cañizares Esguerra, 2007; Weber, 2007). Lavardén realizó una apropiación crítica de la literatura europea que versó sobre América. Estuvo en sintonía con las obras de los jesuitas patriotas exiliados, que tuvieron en Francisco Javier Clavijero uno de sus máximos exponentes. A pesar de la ley del silencio que se aplicaba a los expulsos, se publicó en 1801 una traducción fragmenta-

ria de la *Storia antica del Messico* en el *Telégrafo Mercantil.* Los jesuitas desde el exilio se diferenciaron de los filósofos europeos con un argumento central: ellos conocían el territorio americano, mientras que los eruditos de gabinete lo hicieron desde el prisma de la literatura de viajes que hizo hincapié en su exotismo. Los jesuitas americanos supieron recopilar el conocimiento antropológico por sus tareas de evangelización y lo insertaron en el marco de la tradición erudita europea (Guasti, 2014). Por ejemplo, Clavijero utilizó en las «Lecciones de un padre a su hijo" como fuente humanística los *Dísticos catónicos* de Erasmo y los saberes americanos obtenidos del trabajo evangelizador de los primeros «religiosos apostólicos que se dedicaron a su conversión, particularmente Toribio de Benavente, conocido como Motolinia, Olmos y Sahagun» (*TM*, 1914: 127).[2] Por otro lado, entre 1777 y 1778 el reverdecer de la apología española estuvo avalado por Floridablanca, que premió estas obras «doblando a sus autores la pensión vitalicia que se les había concedido con la expulsión en 1767, y que aumentó gradualmente el número de obras que los expulsos enviaban a Madrid para obtener el visto de la censura» (Guasti, 2014: 97). En ese clima Lavardén utilizó la misma estrategia de los jesuitas al criticar a Cornelius de Pauw y a William Robertson porque no conocían el Nuevo Mundo salvo a través de la literatura y los relatos de viajeros. Así como los jesuitas exaltaron ante Pauw el «elevado nivel de los antiguos mexicanos y peruanos (censurando así el error típico de los "filósofos" europeos de considerar a los nativos una masa indiferenciada de salvajes o bárbaros)» (Guasti, 2014: 104), lo mismo hizo Lavardén al reclamar por la civilidad de los criollos americanos desde los confines del imperio Borbón.

Antonello Gerbi, en *La disputa del Nuevo Mundo*, hizo diana al analizar el despertar de la conciencia americana ante los ataques denigratorios de los autores europeos de los siglos XVIII y XIX. Recuperó las voces tanto de los jesuitas expulsos como de los letrados pertenecientes a los virreinatos del Perú y México, pero dejó un espacio sin relevar en la prensa porteña virreinal. Gerbi abordó el ámbito rioplatense a partir de textos publicados en el periódico *Gaceta de Buenos Aires*, que fue el órgano de difusión de la Primera Junta de la Revolución de Mayo de 1810. Al revisar la prensa virreinal porteña se intentará relevar discursos poco visitados que encarnaron una reacción identitaria americana contra la mirada denigratoria europea. En ese gesto se podrán situar las disputas locales en clave americana, así como la circulación y apropiación de la cultura impresa en Buenos Aires. Para analizar cómo desde la prensa del Virreinato del Río de la Plata se criticó a los filósofos europeos se tenderán puentes con la historiografía que analizó el surgimiento de la conciencia local en otros virreinatos americanos (Gerbi, 1960; Brading, 2003; Cañizares Esguerra, 2007).

Las cartas de Manuel José de Lavardén fueron inusuales en el espacio cultural rioplatense. No solo por la muestra de erudición en la crítica literaria utilizada como una herramienta para plantar su postura ante el cuestionamiento de

2. Véanse: García Quintana, 1974; Trabulse, 1988; y Maggio-Ramírez, 2018, 2019.

las costumbres americanas, sino también por ser uno de los pocos textos que de manera orgánica criticaron a los letrados europeos desde la pampa húmeda en los confines del imperio Borbón.

2. La carta de Lavardén

La correspondencia pública fue un género que abundó en la prensa dieciochesca española, al igual que en el Río de la Plata. El uso de seudónimos fue una estrategia para evitar ser reconocido entre la acotada comunidad lectora. La verosimilitud del seudónimo religioso (fray Juan Anselmo de Velarde) no fue puesta en duda por la historiografía que abordó el *Semanario de Agricultura* (Torre Revello, 1940; Weinberg, 1956) o la obra de Lavardén (Bosch, 1935; Wedovoy, 1955; Serrano Redonet, 1982 y 1999). En el marco del análisis de las influencias de la literatura económica en los criollos letrados durante los últimos años del Virreinato del Río de la Plata fue Manuel Fernández López (1976) quien no solo encontró la clave anagramática para Lavardén, sino que también descifró que Julián Topio era el anagrama de Juan H. Vieytes. En tiempo reciente se recuperaron las lecturas de Fernández López para la correcta identificación de los textos periodísticos (Martínez Gramuglia, 2009; Maggio-Ramírez, 2009; Lafit, 2017). En este caso la identificación permitió establecer un lazo con la obra anterior del poeta para analizar la construcción identitaria porteña.

Manuel José de Lavardén estudió en la Universidad de Charcas para luego continuar sus estudios en las universidades de Granada, Toledo y Madrid. Obtuvo, según él mismo escribe, «todos los grados en la facultad de leyes y haciéndose acreedor al concepto que por tanto ha merecido en todos los pueblos en que ha hecho mansión se vio en la necesidad de abandonarla sin concluir» en 1777 a causa de la muerte de su padre (Caillet Bois, 1958: 239). En Buenos Aires fue examinador de los alumnos del colegio Carolino, desde 1796 estuvo por tres años en Colonia como mayordomo de la iglesia, y al mismo tiempo que se dedicó a la ganadería en asociación con el comerciante y tratante de esclavos Tomás Antonio Romero (Viñas, 2005: 104). Escribió la pieza teatral *Siripo*, y una *Sátira* en el marco de una batalla literaria que también tuvo su condimento identitario y poemas de estilo neoclásico.

En la primera epístola pública defendió el honor de los porteños, de las jóvenes criollas y de los españoles que llegaban al Río de la Plata porque habían sido tildados de bribones en un texto que meses antes se había publicado en el *Telégrafo Mercantil.* La segunda carta, que se publicó el 1 y el 8 de diciembre de 1802 con el título «Sobre las erradas prevenciones de los extranjeros en orden a nuestra situación económica», criticó los argumentos que los eruditos europeos dieron sobre la decadencia de la economía española. Autores como el abate Raynal, William Guthrie y Giovanni Serra esgrimieron, entre sus argumentos, el determinismo climático como una de las causas de la decadencia española, pero fueron refutados con ahínco por Lavardén. La tercera carta se publicó en dos entregas, el 5 y el 12 de enero de 1803. En ella se cuestionaron las obras de Cornelius de Pauw y William Robertson porque estos autores, sin pu-

dor, sostuvieron que la decadencia económica de España se atribuía a que españoles y americanos tenían pereza, poco aprecio al trabajo y «una especie de inercia nativa» (*SAIC*, 1928, I: 121). En cambio, para Lavardén la decadencia estaba cifrada en el fomento por parte de las potencias enemigas del contrabando y la piratería, que minaron el comercio español con sus colonias. Las mismas naciones europeas que apoyaban acciones directas como la piratería eran las que contaban con teóricos que aspiraban a que el comercio fuera signo de diálogo y civilización. Esa tensión entre las palabras y los hechos fue criticada a lo largo de la última carta de Lavardén que se publicó en el *Semanario* y que fue reproducida en España en el periódico *El Regañón General*.

En el *Semanario*, a diferencia del *Telégrafo*, no se publicó ficción ni polémicas entre literatos escondidos en seudónimos porque fue advertido por las autoridades de que debía ceñirse a los temas del título del *Semanario* —agricultura, industria y comercio— y que habían sido desarrollados en el «Prospecto». Probablemente su comunidad de suscriptores se alejaba muy poco de la que tuvo el *Telégrafo Mercantil,* conformada por comerciantes, burócratas, militares y clérigos (Martini, 1998; Martínez Gramuglia, 2010). El periódico tardocolonial fue signo de la modernidad, en cuanto sinónimo de novedad. La difusión del saber ya no estaba encerrada en los libros que permanecían en la esfera de la biblioteca del erudito sino que tomaba el espacio público con la lectura de los papeles impresos en cafés, salones y tertulias. Los lectores colectivos fueron parte de los mecanismos imaginados desde la prensa que se intentaron fomentar cuando apelaron al patriotismo de ciudadanos ilustrados y párrocos para que difundieran los artículos que tenían como finalidad el cambio de las costumbres. Vieytes desde el «Prospecto» instauró su periódico como un agente modernizador al intentar quebrar con las prácticas propias de *tiempos idos*. Para romper con el pasado de raíz y evitar que los niños repitieran los errores de sus padres, publicó en el *Semanario* un catecismo agrario como una instancia de mediación del *Diccionario de Agricultura* del abate Rozier para que el párroco ilustrado lo leyera los domingos a los niños a la salida de misa (Barral, 2007; Maggio-Ramírez, 2008; 2009; 2017; Martínez Gramuglia, 2010).

La prensa de costumbres americana fue el espacio donde la comunidad letrada puso en juego su identidad. Esta se articuló de manera relacional para diferenciarse de los pueblos originarios, las castas y los campesinos. Por ejemplo, en la prensa se marcaron las distancias entre los lectores y los campesinos porque estos transmitían sus conocimientos generacionalmente en un ciclo que repetía el pasado en vez de los nuevos saberes ilustrados que circularon en la prensa española. La élite criolla desdeñó las costumbres de los labradores. Creyó que al emular las modas europeas y los gastos en mercaderías de lujo, tanto de necesidad como de ostentación, podía acortar las distancias con el Viejo Continente y diferenciarse de la antigua sede virreinal limeña (Maggio-Ramírez, 2015; 2018). La identidad se cifró en clave local, porque «el sentimiento de *patria*, en cuanto traduce la adhesión al grupo y lugar en cuyo seno se ha nacido y criado, remite a la *ciudad*, tal como *argentino* refiere a Buenos Aires», y el español americano se diferenciaba del español peninsular como una estrategia que encerró «el germen de una negación de la identidad española que se des-

plegará cuando las condiciones históricas configuren las condiciones propicias para ello» (Chiaramonte, 1997: 73-74). Esta tensión no fue ajena a la escritura de Lavardén. La publicación por parte de la imprenta de los Expósitos de unos poemas de Juan Baltasar Maziel generó una crítica desmesurada del letrado y clérigo limeño Juan Manuel Fernández de Agüero y Echave, el cual sostuvo sin pudor que esos versos solo pudieron ser impresos por un pueblo incivil. Ante la puesta en duda de la civilidad de los porteños, la respuesta no se dejó esperar. En la *Sátira* de 1786 se le recordaba al limeño que había agraviado a una patria que le era ajena, como se demuestra con el uso del posesivo que hace Lavardén: «Más cuando los agravios apercibo, | que se hacen a mi patria, me preparo | excusa racional en el motivo» (*Batalla literaria*, v. 7-9). La extranjería parasitaria del limeño quedaba de manifiesto cuando se le acusaba de apocar las despensas (Maggio-Ramírez, 2015). Las distancias entre la antigua sede virreinal y el joven Virreinato del Río de la Plata fueron uno de los tantos territorios donde se jugó la identidad en clave relacional y oposicional (Hall, 2003). Los porteños habían alcanzado la mayoría de edad y reclamaban paridad en el trato con los peruanos. De manera similar, también desde el plano simbólico, se enfrentó Lavardén a la escritura europea que plasmó, gracias a fuentes documentales sesgadas, un territorio americano marcado por la desidia.

3. Lecturas antiamericanas

En las cartas anteriores, Lavardén había criticado y refutado con ahínco las posturas antiamericanistas del abate Raynal, Denis Diderot, Georges Louis Leclerc (conde de Buffon), Montesquieu, William Guthrie y Giovanni Serra. Aún molesto por las imprecisiones que los europeos escribieron sobre América, el *Semanario* volvió a cargar las tintas contra Cornelius de Pauw al criticar el artículo que escribió para la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alambert. También sumó a su recusación al rector de la universidad de Edimburgo, William Robertson, cuya obra *Historia de América* circuló por el Virreinato del Río de la Plata, al igual que una traducción parcial de la misma.

«Descarado», «ridículo» e «ignorante» fueron los adjetivos que el rector recibió por parte de Lavardén. Al reseñar la *Historia de América*, el poeta del Paraná se preguntó por qué nada decía sobre los intereses de las naciones europeas en fomentar la decadencia de la agricultura, las artes y el comercio de España. También indicó que no se trataron en su obra las razones del atraso en las manufacturas españolas «para mantener la preponderancia de la industria extranjera». Era necesario para Lavardén que los escritores europeos hablasen con la verdad, porque «no siendo ignorantes, quieren más bien parecerlo, que confesarla» (*SAIC*, 1928, I: 133), por lo que se esperaba la explicitación del lugar de la enunciación, que evidenciara la rivalidad con Gran Bretaña y la envidia de las naciones europeas por no haber descubierto el continente americano tan lleno de riquezas que deseaban para sí.

3.1. Lecturas sobre la Historia de América de Robertson

La investigación de Antonello Gerbi (1960: 144) volvió sobre el tópico de la leyenda negra española para analizarla desde un espectro mucho más amplio en relación con la circulación de saberes y la construcción de redes intelectuales entre la gente de letras. Allí se sostuvo que la *Historia de América* de Robertson vulgarizó las tesis de Buffon y de Pauw que se encabalgaban en el determinismo climático (Urteaga, 1993; Glacken, 1996). La obra fue exitosa, al punto de que en los Estados Unidos se publicó por entregas en 150 números en un semanario de Boston, y gozó de buenas críticas, como la del barón de Humboldt, quien en 1827 dio su apoyo para una nueva edición en francés. Robertson, al igual que sus antecesores, sostuvo que las especies animales son menos numerosas y «vigorosas» en América que en el Viejo Mundo. La principal razón era que el Nuevo Mundo era frío, húmedo, desértico, insalubre y con una vegetación pútrida. Estas fueron algunas de las razones por la que los animales americanos se volvieron cobardes y pequeños en relación con el patrón europeo que se tuvo como norma de la naturaleza y de las buenas costumbres. Cornelius de Pauw pensó a los pueblos originarios como animales, mientras que para Robertson eran «animales melancólicos» y por el clima tenían cierta «apatía constitutiva» (Gerbi, 1960: 150). El rector, al igual que Buffon y Pauw, creyó que la ausencia de barba y de vello corporal eran signos de «una constitución débil y un deseo lánguido. Los indios eran indolentes, insensibles, se mostraban impávidos ante el dolor físico o el amor, insensibles a los acicates de la avaricia, el honor y el miedo, pueriles e incapaces de razonamiento especulativo» (Brading, 2003: 470).

Lavardén, al igual que el escocés, rechazó la utilización de la analogía para estudiar el mundo precolombino en comparación con el mundo helénico. Cañizares Esguerra (2007: 78), en su rastreo historiográfico, encontró que este uso de la analogía fue una característica en la bibliografía española de los siglos XVI y XVII que describió a los «"salvajes" contemporáneos como sociedades clásicas estancadas». El progreso, para Robertson, se cifraba en la domesticación de «las pasiones violentas y del crecimiento de las necesidades y deseos entre los individuos egoístas», por lo que el comercio era el lugar del diálogo y el intercambio una vez interiorizada la civilidad (Cañizares Esguerra, 2007: 82). Para los ilustrados escoceses, como Adam Smith y Adam Ferguson, la «historia teórica o conjetural» rastreaba cómo el comercio, con el apoyo de la ley y la propiedad privada, eran la clave para el desarrollo de la civilización (Brading, 2003: 467).

El rector, al no cuestionar el rol de los españoles en América, se ganó el acceso a la Real Academia de Historia. La corporación no solo lo nombró miembro, sino que recomendó la traducción y publicación de sus obras con algunas enmiendas. Brading (2003: 468) encontró la influencia de Smith en la obra de Robertson porque estructuró el desarrollo evolutivo de los americanos en clave de su modelo de subsistencia: «la caza, el pastoreo, la agricultura y el comercio». La plenitud de la civilización llegaba a través del comercio. La barbarie como instancia intermedia se distinguía del salvajismo por la consolidación de

la autoridad política y la agricultura, que permitió «el surgimiento de los derechos de propiedad, la ley y los rangos sociales». El salvajismo caracterizaba a los pueblos que dependían de la caza y de una agricultura de subsistencia. Estos pueblos carecían de ganado, hierro, propiedad individual y clases sociales, según la Ilustración escocesa.

Para Brading (2003: 470), los argumentos de Robertson se contradecían porque a los «determinantes económicos de la evolución social» poca mella le hacían los determinantes climáticos. También halló que el escocés remarcó la importante disminución de la población originaria americana por los trabajos forzados, la viruela y la peste. Los Habsburgo y la iglesia intentaron proteger a sus súbditos a pesar de los conquistadores y los misioneros. El atraso económico de América se debió a la economía y al monopolio comercial, al crecimiento de los latifundios y al predominio de la minería que impidieron el desarrollo de la agricultura y la industria. En cambio, en *Historia de América* se elogiaron las reformas borbónicas de la mano de Carlos III y sus ministros, Pedro Rodríguez de Campomanes y de José de Gálvez, a quienes se debió la creación de nuevos virreinatos y la extensión del libre comercio (Brading, 2003: 475).

3.2. La circulación en Buenos Aires

Las lecturas de los contemporáneos americanos de Robertson no necesariamente coincidían con Lavardén. José Antonio Rojas partió de España con destino a Chile, su patria, con demasiados libros en su equipaje. Entre ellos se encontraban la *Encyclopédie* y la *Historia de América* de William Robertson. Arribó a Buenos Aires y continúo su viaje a Mendoza, donde se casó. Allí lo alcanzó el cumplimiento de la Cédula Real de 23 de diciembre de 1778, firmada en Madrid por José de Gálvez, que prohibía la introducción de la obra de Robertson tanto en España como en América. El virrey del Perú entre 1776 y 1789, Manuel Guirior, confirmó la orden de Gálvez para perseguir el libro de Robertson, tal como lo demuestran las siguientes líneas:

> Exmo. señor. Muy señor mío. Impuesto del perjuicio que podría causar la introducción en estos dominios de la obra escrita por el doctor Guillermo Robertson, cronista de Escocia y rector de la Universidad de Edimburgo, en su Historia publicada en idioma inglés sobre el descubrimiento de la América como V. E. me refiere por disposición de S. M. en real orden de veinte y tres de Diciembre del anterior año, comencé á dar las disposiciones convenientes al cumplimento pedido por el ministerio fiscal, y como incidencia de él se publicó por bando en esta capital y demás parajes de este virreinato, dando al mismo tiempo las más estrechas órdenes á sus aduanas, así para evitar su entrada como para adquirir noticia de si ya se había verificado en algunos; aún no ha resultado la menor comprobación, y si se hallare, estarán á disposición de V. E., como se me advierte.— Nuestro Señor guarde á V. E. muchos años, como deseo.— Lima, veinte de Noviembre de mil setecientos setenta y nueve. Exmo. señor.- Besa la mano de V. E. su mayor y más atento servidor.— Don Manuel de Guirior.- Exmo, señor don José de Gálvez (Medina, 2000).

El virrey de Buenos Aires, Juan José de Vértiz entendió que la obra del rector se encontraría entre los libros que había traído José Antonio Rojas, por lo

que en enero de 1780 escribió a Gálvez comentando que realizó las gestiones para que la justicia mayor de Mendoza:

> […] con precaución le reconociese su biblioteca y embargase la referida obra. En efecto, por esta diligencia resultó hallarse en su poder en idioma inglés y en dos tomos en cuarto mayor, con más noventa y cinco pliegos que el mismo Roxas afirmó ser traducción de la citada *Historia al español*, que le dió don Pedro Joseph de Tosta, á quien vió estarla trabajando con un abad viejo irlandés; y en el concepto de hallarse todo en esta secretaría de cámara á disposición de V. E., según lo expresa la misma real orden, se servirá V. E. prevenirme lo que deba ejecutar (Medina: 2000).

Al año siguiente, le remitió a España la *Historia* de Robertson, junto con los noventa y cinco pliegos de la traducción. Rojas probablemente recibió correspondencia de Robertson con consultas para la escritura de su obra (Amunátegui Solar, 1937: 16). Pero no siempre contó el escocés con la animadversión de la corte española. Tiempo antes, José de Gálvez le comunicó a Miguel de San Martín Cueto, titular de la Secretaría del Perú, que la obra de Robertson había sido traducida por Ramón de Guevara y Vasconcelos, miembro de la Academia de Historia. En su escrito, Gálvez señalaba que la corporación no solo juzgó que la traducción era exacta, sino que «no cede al original en la elegancia, ni en la pureza del estilo», pero se creyó necesaria la inclusión de notas «en aquellos pasajes históricos, cuya puntualidad no era posible al Dr. Robertson por falta de documentos en lo geográfico, político, económico, comerciable, y mucho más en el cálculo de la población» (Torre Revello, 1940: CLXXX-CLXXXI). Por lo tanto se le solicitaba que a través de las Secretarías del Consejo se le dieran las noticias sobre estos temas, no sin advertir que si en «ellas se dudare sobre algunos asuntos en que parezca conveniente la reserva» se debía consultar al propio secretario general de Indias (*ibid*.). Cuando se estaba por cumplir con la solicitud de información realizada por Gálvez, a petición de la Academia de Historia, circuló bruscamente una real orden en sentido contrario para que las autoridades de América embargaran cuanto ejemplar encontrasen de la *Historia* de Robertson.

Se le requisó a Rojas un ejemplar en francés, junto con los pliegos de la traducción que habían salido de la imprenta. Entre sus libros se encontró la *Enciclopedia* dirigida por Diderot y D'Alambert (Barros Arana, 2000: 361). En esa obra colectiva se encontraba la entrada «América» de Cornelius de Pauw que generaría la reacción de Lavardén y también la de Juan Hipólito Vieytes.

4. ¿Cuándo enmudecerá la maledicencia?

Para autores como Pauw y Montesquieu, la inacción y la pereza eran propias de los americanos y criollos debido al clima y a la particular constitución de los nativos y del territorio, mientras que los autores locales, como Vieytes y Lavardén, sostuvieron que el desgano se cifraba en la imposibilidad de comerciar los excedentes de la producción de subsistencia debido al desastroso estado de los caminos, en el caso del comercio interno, y la piratería de las naciones enemi-

gas de España, para la exportación al viejo continente. Los argumentos de los autores criollos no tuvieron la misma circulación que los europeos.

Para sostener la relación entre el comercio libre y la civilización, a diferencia de Lavardén, Vieytes recurrió en su argumentación a la analogía con la antigüedad clásica. Según el editor del *Semanario*, «[l]a experiencia de todos los siglos nos demuestra que el grado de civilización, cultura, y opulencia a que puede llegar una nación es solamente debida a la más o menos acogida y libertad que haya dado a su comercio» (*SAIC*, 1928, I: 25). La literatura extranjera sobre economía política fue leída con cuidado para explicar la realidad americana por parte de Vieytes, por lo que propuso, al igual que Lavardén, «volver sobre nosotros, y conocer nuestros verdaderos intereses; no suframos por más tiempo el que se nos den los despreciables epítetos de perezosos e indolentes» (*SAIC*, 1928, I: 27). Entre los autores españoles que fueron glosados y transcritos sin dar cuenta de su autoría en el *Semanario* de Vieytes estaba Valetín de Foronda, cuyas cartas fueron leídas en el *Espíritu de los mejores diarios* (Fernández López, 2005: 6).

Lavardén criticó a los escritores europeos que le atribuyeron a los españoles americanos, criollos y nativos los vicios de sus antepasados y ninguna de sus virtudes. El principal desvelo de los americanos, según Vieytes, era la promoción de la agricultura y la industria que tendrían un nuevo valor gracias al comercio. De esa manera se demostraría la falsedad de las palabras de los filósofos de gabinete. En una nota a pie de página del artículo «Educación moral», el editor reforzó su crítica a los letrados europeos que imaginaron al territorio americano como el lugar donde reinaban la molicie, el ocio y la cobardía:

> Mr. William Guthrie en su Geografía universal segunda edición del año de 1800 tom. 6 pág. 589 y 590, hablando de la población, gobiernos y costumbres de los habitantes de México honra a los Americanos con las expresiones siguientes: *Los Criollos tienen todas las malas cualidades de los Españoles de quienes son descendientes, sin este valor, esta firmeza, y esta paciencia que forman el buen lado del carácter Español; naturalmente afeminado; ellos pasan la mayor parte de su vida en la ociosidad y los placeres. Fastuosos sin gusto, y sin elegancia, pródigos por ostentación mucho mas que por regocijo: el amor y la intriga hacen toda su ocupación.* Pasma a la verdad que en el siglo de la ilustración, y de la filosofía, aún se encuentren partidarios de nuestro acérrimo depresor el Sr. Paw. (*SAIC*, 1928, I: 27).[3]

En el *Semanario* apareció la tensión entre las narraciones europeas que versaron sobre América y cómo se pensaron los americanos a sí mismos. Pero también se sintió la molestia e impotencia por la disparidad en la circulación de los argumentos para refutar las historias antiamericanas tanto en Vieytes como en Lavardén. Los criollos, desde los confines del Imperio español, decidieron salvar el honor de los americanos, aunque sus palabras en raras oportunidades cruzaron el Atlántico en otras lenguas, ya que no tuvieron seguidores europeos ni una obra orgánica y representativa. Sus combates se libraron en los periódicos, con la urgencia de intervenir sobre el presente. La obra de

3. La cursiva es del original.

Cornelius de Pauw tuvo lectores, seguidores y detractores, en América, mientras que en Europa sus seguidores se multiplicaron. El periódico era para su editor una ventana para que el mundo *civilizado* pudiera enterarse de las noticias y avances del Virreinato para evitar ser «digno objeto del desprecio y de las burlas del resto de las naciones cultas», ya que el *Semanario* se encontraba plagado de reglas e instrucciones. Vieytes no pudo más que exclamar en su periódico sobre los partidarios del holandés: «¡Cuándo enmudecerá la maledicencia!».

5. El holandés inmóvil

En la Universidad de Gotinga durante el siglo xviii se proyectó escribir una historia universal que rechazaba la estructura tradicional de la historia política clásica, signada en hitos reconocibles en batallas, fechas y reinados, para incluir la colaboración de otras ramas del saber que se constituyeron en disciplinas en esos tiempos. Esta historia adoptó la teoría de los climas y su influencia en los seres vivos de la antigüedad clásica, la cual, revitalizada por Montesquieu, permitía explicar la pluralidad de la experiencia histórica que tuvo como directriz la geografía (Bernand, 2009: 108). Entre las obras que se destacaron de esta perspectiva se encontraba *General history of the world from the Creation to the present times*, de William Guthrie, que sería leída por Lavardén y Vieytes.

En la historiografía germana «[e]l eje norte/sur no sólo es geográfico sino cultural siendo el modelo Europa […]. El sur cultural empieza en [… el Mediterráneo] e incluye la América ibérica, África, Arabia, las islas del Pacífico y otras regiones exteriores a la civilización europea» (Bernand, 2009: 110), por lo que autores como Pauw, Robertson y Raynal utilizaron los argumentos de Montesquieu sobre el determinismo climático para explicar el pasado y el presente de los pueblos mediante la geografía en relación con la historia universal. Los americanos estaban en los márgenes de la humanidad por su incapacidad de progresar debido a su pereza e indolencia. América era bárbara por partida doble, no solo por el determinismo climático, sino también porque heredó la rusticidad de las costumbres de España (Bernand, 2009: 114).

Diderot y D'Alambert retomaron estas ideas al invitar al holandés Cornelius de Pauw para la redacción de la entrada «América» de la *Enciclopedia*,[4] que se publicó en la tercera edición de 1778 en el segundo tomo, entre las páginas 347 y 364, firmada con las letras «D.P.», que según la tabla de correspondencia entre iniciales y nombres perteneció al holandés inmóvil que no necesitó visitar América para escribir sobre ella. La constitución de un otro salvaje y lejano de Europa, en los confines del océano Atlántico, reforzaba el contraste con la civilización europea. La fantasía desde Europa no tuvo límites si se describía un te-

4. Ignacio Díaz de la Serna (2009: 163-205) realizó un breve estudio y la primera traducción al castellano de la entrada «América» escrita por De Pauw. Las citas textuales en este apartado pertenecen a la traducción de Ignacio Díaz de la Serna del artículo «América» de Cornelius de Pauw, salvo que se indique lo contrario.

rritorio más allá de las fronteras del viejo continente, como cuando se imaginó que los huesos fósiles hallados en excavaciones podían ser de seres gigantes que habían habitado el Nuevo Mundo, o bien de una clase de mamut que vivía bajo tierra (de cuya existencia el holandés dudaba).

Para el holandés, los hombres americanos eran «sin comparación menos industriosos, menos inventivos que los habitantes de nuestro hemisferio; su indolencia & su pereza asombraron por encima de todo a los observadores más atentos & con mayores luces». Pauw retomó una expresión del diario de viajes de Charles-Marie de La Condamine, quien escribió que América vivía en una eterna infancia para pensar la reiteración del pasado remoto europeo en el nuevo continente (Díaz de la Serna, 2009: 175-205; Pratt, 1997).

Tras su lectura de los relatos de viajeros ingleses Pauw sostuvo que no había pruebas de agricultura ni de terreno cultivado desde Buenos Aires hasta cabo Blanco y que los caballos habían sido utilizados por los patagones en vez de ser utilizados en la labranza. Ese dato fue interpretado como un signo del exceso de pereza de los americanos, que «los coloca apenas por encima del nivel de las bestias que actúan según su instinto». La falta de sembradíos, la selva omnipresente, las llanuras, las aguas fuera de sus cauces formando pantanos, la tierra pedregosa con depósitos de grava que dificulta la vegetación, el amontonamiento de insectos hizo que el clima americano, según Pauw, fuera malsano para los nativos y que degenerase sus potencialidades.

Para el abate holandés, los pueblos originarios no tenían memoria porque no conocieron ningún sistema de resguardo de su pasado como la escritura e ignoraron el calendario. En 1790, después de la publicación del artículo de Pauw, se encontraron en el Zócalo de México dos monolitos, el del calendario solar azteca y el de la Coatlicue, que marcaron «la accesión de México a la categoría de "civilización"» (Bernand, 2009: 119).

El artículo de la *Enciclopedia*, al que de manera elíptica refería Lavardén, hizo visible para los lectores franceses la barbarie española por ejercer «mil géneros de crueldad» sobre los caciques americanos para que revelaran el supuesto escondite del oro y la plata. Los españoles que llegaron a América fueron, según Pauw, ladrones comandados por hombres dignos de la pena de muerte y «educados en su mayoría en la peor de las bajezas».

El 19 de noviembre de 1787, en el *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa dedicado a los literatos y curiosos de España*, se publicó una traducción del francés del artículo «Refutación de una opinión de Mr. Paw en sus Inquisiciones sobre los Americanos», el cual, sin hacer alusión de la fuente, menciona que la obra de filósofo holandés ya fue objeto de críticas y que «[y]a se han desterrado muchos errores» de su obra. El anónimo hizo hincapié en los mismos argumentos que los criollos bonaerenses cuestionaron al holandés:

> Este error se reduce a que Mr. Paw dice que la naturaleza de las tierras y las cualidades de la atmósfera de América son muy poco favorables a sus habitantes, que los naturales son de muy inferior constitución, débiles de cuerpo y espíritu, y que los descendientes de europeos de tal suerte experimentan la influencia del clima que no se puede esperar de ellos cosa alguna en punto de ciencias, artes, milicia y literatura (*Espíritu*, 1787: 579).

La refutación se centró en destacar los logros de los americanos del norte, principalmente en «la revolución que acaba de libertar a las colonias inglesas del yugo de la esclavitud, formando de ellas una potencia independiente», para demostrar que la cobardía no era propia de los criollos. También se destacó, a la altura del conde de Buffon, la erudición de algunas figuras, como Benjamin Franklin y Thomas Paine (este último, autor de raciocinio profundo, «pensamientos más vivos, estilo más claro» en la prosa de su obra *El sentido común*). Igualmente, los pintores nacidos en la antigua colonia inglesa han merecido «la más grande estimación», como Benjamin Ewest y John Singleton Copley, «cuyos cuadros se han grabado, y copiado en toda Europa» (*Espíritu*, 1787: 579-580). El artículo transcrito de una fuente francesa no casualmente se centró en rescatar las figuras relevantes de las trece colonias que Luis XVI apoyó en su independencia. Al copiar el artículo en el periódico español, se intentaba demostrar las falacias del determinismo climático entre los criollos americanos tanto del norte como del sur.

6. Las causas de la decadencia española

La inquietud y curiosidad por desvelar las causas de la decadencia económica española hicieron que Lavardén acudiera a los escritores extranjeros en busca de respuestas, si bien las encontró teñidas de prejuicios. Para diferenciarse de los eruditos cuestionados rastreó los desencadenantes históricos del retraso económico español frente al crecimiento de las potencias europeas, y lo hizo sin creerse un «autor original» (*SAIC*, 1928, I: 121): el poeta reconoció que otros autores españoles y americanos ya habían abordado el tema, pero intentaba destacarse con amplia distancia de «la turba multa de copistas, que han jurado en las opiniones de allende los Puertos» (*SAIC*, 1928, I: 121). Para poder comprender las causas era necesario realizar un compendio de la historia política y económica de España.

Los escritores europeos, así como los españoles que aceptaron sus ideas, se han olvidado de que «jamás se ha imputado a una Nación más injusta calumnia, que la de atribuir a los españoles una especie de inercia nativa» (*SAIC*, 1928, I: 121), sin ahondar en la historia de la decadencia económica española donde las otras naciones tienen su parte de culpa, según esgrimió Lavardén. Para ejemplificar el rol español en el concierto de las naciones europeas, recurrió a la analogía: se presentaba como holgazán a un labrador porque no cultiva su tierra, pues tiene una «inercia nativa», pero cómo podría defenderse el campesino si quien lo acusa es quien le robó los útiles de labranza, se preguntó Lavardén para criticar a los filósofos de gabinete e historiadores europeos como Pauw y Robertson.

La nostalgia de los tiempos áureos apareció como vara con la cual comparar el presente, ya que el pasado supo inspirar «las poéticas ficciones del Siglo de Oro, y de los campos Elíseos: pero este feliz estado no es para regiones que tienen vecinos, cuanto más opulentos tanto más ambiciosos» (*SAIC*, 1928, I: 122). La victimización española ante la codicia de los pueblos europeos comenzó con

los godos, que se adueñaron de las dos terceras partes del territorio peninsular. Lavardén pudo haber leído a Campomanes, cuya obra se encontró en las principales bibliotecas coloniales, que también insistió en que «España había caído de la gloria y prosperidad del período godo (del dominio de la España del norte) a la actual y prevaleciente decadencia, legado de los Habsburgo» (Liss, 1995: 116). Lavardén recalcó que las facciones dividieron y debilitaron España y que esta situación de fragilidad fue aprovechada por «los ambiciosos califas» que invadieron con «un enjambre de árabes» la Península (*SAIC*, 1928, I: 122).

El esfuerzo retórico de Lavardén para justificar la necesidad de la conquista de América y para evitar toda comparación entre los nativos americanos y los españoles medievales, dominados por godos y árabes, lo llevaron a sostener que los *salvajes* americanos fueron nómadas, por lo que no podían gozar de la propiedad del terreno. Se justificó el saqueo español porque «las riquezas descubiertas no tenían dueño. Los salvajes no deben llamarse propietarios de los países en que viven como de paso», alegó Lavardén como una estrategia contra la leyenda negra española (*SAIC*, 1928, I: 125). Más adelante sostuvo que «[e]l oro, no siendo por sí solo cosa de comer, ni vestir, era mirado por los indios como las piedras matizadas que se hallan en las playas, mientras en Europa era el alma del poder, por haberse convenido en hacerle signo de todas las cosas permutables» (*SAIC*, 1928, I: 125), por lo que si los españoles no aprovechaban el hallazgo del oro otra nación lo habría hecho. «A los naturales se propusieron mil partidos que desechó su imbecilidad», escribió el poeta del Paraná, que reconoció a los mexicanos su valor en el enfrentamiento con Cortés, no sin antes degradarlos al negarles la racionalidad de sus actos desde la perspectiva europea. El auge español fue temido por las potencias europeas. Estas, «afanándose por tomar parte en la riqueza del descubrimiento sin participar del trabajo, cubrieron su codicia con el velo del recelo de la soñada monarquía universal» (*SAIC*, 1928, I: 127), por lo que a partir de allí ingleses y franceses fueron los filibusteros que minaron el crecimiento español al apropiarse de las riquezas americanas. Oficiaron de «bravos y arrestados piratas, que escondidos en las islas inmediatas a la Española esperaban nuestros barcos a la ida para saquearlos. Otros hacían el corso a la vuelta sobre las islas terceras, y fue preciso hacer el comercio armado», escribió Lavardén (*SAIC*, 1928, I: 127) cuando comenzó a enumerar las causas de la declinación española.

El punto de vista de Lavardén eludió el determinismo climático e hizo énfasis en las relaciones siempre tensas entre las naciones del concierto europeo por los frutos españoles. La decadencia fue causada por los ataques de los piratas, que llegaron a pasear por Londres los cajones de plata en carros coronados. «Así es cierto que los minerales de Indias fueron causa remota de nuestra decadencia; mas la inmediata fue el comercio exclusivo, a que forzó la malicia de las otras naciones», argumentó Lavardén (*SAIC*, 1928, I: 128), que ya en su manuscrito *Nuevo aspecto del comercio del Río de la Plata* había propugnado el libre comercio.

El rastreo en la historia española sirvió para encontrar una sumatoria de causas con las que explicó la crisis económica y comercial: la expulsión de los moros, la «continuada guerra» en los dos siglos inmediatos al descubrimiento de

América, los «ocho millones de mancebos, extraídos de la campaña, y de los talleres» que se necesitaron para los enfrentamientos bélicos y la guerra de sucesión de Carlos II, terribles golpes dados a la industria y a la agricultura (*SAIC*, 1928, I: 131-132). Con la coronación de Felipe V, se reconcilió España con Francia, pero no fue «menos funesta la rivalidad, que fomenta más al descubierto la Gran Bretaña», por lo que se atrasaron las manufacturas españolas debido a la «preponderancia de la industria extranjera». La última carta que se publicó en el *Semanario* de Vieytes concluyó con una enumeración de las causas y la promesa de una nueva epístola que abordaría la influencia de la decadencia española en las costumbres de los americanos, con especial énfasis en el Virreinato del Río de la Plata (*SAIC*, 1928, I: 133).

7. La cuarta carta de Lavardén

La carta prometida nunca llegó a publicarse en el *Semanario.* Los tópicos que prometía tratar eran similares a los que había abordado meses antes en el manuscrito *Nuevo aspecto del comercio del Río de la Plata*, que circuló entre sus pares. Si la tercera carta se centró en la historia española para dilucidar las causas de la decadencia económica, en el escrito siguiente abordaría la cuestión americana con especial énfasis en el Virreinato del Río de la Plata. Sus epístolas habrían sido bien recibidas (al menos no se encontraron en el periódico huellas que indicasen lo contrario), por lo que anunció que seguiría su indagación respecto de los territorios americanos y la plaza local. Tal vez su cuestionamiento al «comercio exclusivo» con España no pasó desapercibido entre los lectores del *Semanario* pertenecientes a la burguesía mercantil y política. La élite criolla porteña, temerosa de que en la próxima epístola se abordara una defensa del libre comercio con otras naciones, como una de las soluciones para tratar la decadencia americana y local, bloqueó la publicación de la cuarta carta de Lavardén. Tal vez podría haber retomado los argumentos de su manuscrito, cuya impresión no llegó a concretarse a pesar de contar con el aporte de sus amigos, y la cual planeaba publicar bajo el nombre de pluma de «un abil y esforzado patriota».

La cuarta carta abarcaría primero la «América en general» para luego seguir con las provincias del sur. Esta promesa estaba en íntima relación con la postura sostenida meses atrás, cuando denunciaba la necesidad de contar con escritos y estudios en clave americana, ya que abundaban en las bibliotecas aquellos que leían los problemas de América mediante el filtro de teorías como la del determinismo climático. La experiencia previa y los textos de economía política pensados para otras realidades no eran aplicables a la nueva situación comercial que vivió Buenos Aires como sede virreinal. El libre comercio entre los puertos españoles y americanos fue parte de las reformas borbónicas, por lo «que no conocieron nuestros antiguos, […] por eso la venerable antigüedad, no puede ministrarnos segura máximas» (Lavardén, 1955: 110). Los autores del pasado no son útiles para interpelar el principio del siglo XIX, por lo que era necesario pensar desde el sur la problemática económica con atención a la coyuntura local, acorde a los nuevos tiempos.

En el manuscrito, que se entregó a la imprenta recién comenzado el año 1955, con prólogo y estudio de Enrique Wedovoy, también se criticó a los escritores europeos que para «tratar de nuestras cosas se han hecho de ojo para delirar» cuando apelaban al determinismo climático como argumento explicativo de la decadencia del mercado americano sin percatarse que el Nuevo Continente «abraza todos los climas, todos los temperamentos, todas las calidades de terrenos» por lo que aconsejaba buscar las consecuencias de la caída económica de antecedentes incontestable en vez del clima (Lavardén, 1955: 110). La propuesta de Lavardén se plegó sobre la necesidad de pensar y abordar las problemáticas americanas desde el Nuevo Mundo, en concordancia con la historiografía que los jesuitas expulsos habían comenzado a escribir desde su exilio europeo a partir de 1767.

8. Conclusiones

Cornelius de Pauw sostuvo en su artículo de la *Enciclopedia* que, para conocer la historia del descubrimiento de América, había que estudiar las relaciones y utilizar «una crítica juiciosa & severa para descartar las falsedades & los prodigios que pululan en ellas», ya que las historias son compiladas por quienes carecen de juicio para esta tarea porque «amontonan todo lo que encuentran en los diarios de los viajeros & componen al final novelas repugnantes, las cuales se han multiplicado demasiado en nuestros días, porque resulta más fácil escribir sin reflexionar que escribir reflexionando» (Díaz de la Serna, 1999). Frente a las invectivas del holandés, los escritores criollos reaccionaron airados y revisitaron la historia española. Encontraron allí que la decadencia económica no se debió al determinismo climático, sino a las políticas de las potencias europeas. Al igual que Benito Feijoo en su «Mapa intelectual, y cotejo de Naciones», no podían menos que aceptar que «la diferente temperie de los países induce sensible diversidad en hombre, brutos, y plantas», pero sobre la influencia en las costumbres se recordaba que el «albedrío puede detener el ímpetu de la inclinación», por lo que promovieron a través de los artículos en el *Telégrafo Mercantil* y el *Semanario* la utilidad de la agricultura y el comercio para mudar la situación de los habitadores de la campaña bonaerense.

Las prosas combativas de Lavardén y Vieytes no se tradujeron a las lenguas de los filósofos que cuestionaron en la prensa porteña. Desde la periferia del Imperio español participaron en la polémica aunque sin superar el ámbito hispanoamericanono lo que les impidió demostrar la valía de la escritura de los criollos que reclamaba Pauw cuando les achacó que necesitaron de la pluma de Feijoo para que los defendiera. Pero aun así, desde América, las palabras de Lavardén se abrieron camino para llegar a España y tener un espacio en *El Regañón General* al año siguiente, aunque sin que tuvieran eco allende los Pirineos. El castellano no era una lengua que se pensase como vehículo de la filosofía y la razón (Bernand, 2009: 119). Los escritos de Lavardén, tanto en *El Regañón General* como su primera publicación en el *Semanario* de Vieytes, estaban en los márgenes de la civilidad escrituraria. Para Antonello Gerbi (1960: 263), tanto

los jesuitas expulsos como los «autores hispanoamericanos que escribieron en vísperas de la independencia de sus naciones […] reaccionan de ordinario hostil, despectiva, airadamente contra la tesis de Buffon y de Pauw, pero no les oponen ningún *corpus* orgánico de doctrina o de informaciones». Pero aun así, al reponerse el circuito comunicacional y cultural de los criollos porteños, la crítica a los autores europeos les sirvió para posicionarse con orgullo identitario frente a los discursos que consideraban denigrantes.

La educación fue uno de los temas centrales y en el que la prensa tardocolonial hizo especial énfasis. Tanto el *Telégrafo* como el *Semanario* dedicaron sus páginas a poner en duda la educación escolástica y a promover una educación moral, utilitaria y práctica acorde al momento en que se sentían protagonistas de una ruptura, de un cambio, con el pasado arcaico con ecos medievales (Maggio-Ramírez, 2017). En su artículo, Pauw cuestionó la educación civil de los nativos americanos cuando propuso «tomar a sus niños desde la cuna & seguir su educación con mucha dulzura & filosofía, ya que cuando esos niños han adquirido, después de un tiempo, las costumbres de sus padres, sean éstos bárbaros o salvajes, resulta muy difícil borrar de sus almas esas impresiones» (Díaz de la Serna, 1999). La educación como *tabula rasa*, que permite imprimir conceptos y saberes en un soporte frágil y maleable principalmente en la primera infancia, también fue el punto de partida de Vieytes en su proyecto educativo agrario para segar la transmisión generacional de los saberes ancestrales y sustituirlos por aquellos propios de la razón escrituraria europea. Mientras que Vieytes apostaba en sus escritos a la mediación entre la cultura escrita y la oralidad de los párrocos ilustrados, para Pauw (Díaz de la Serna, 1999: 192) sería imposible que quienes llegaron al Nuevo Mundo siendo «aventureros guiados en todas sus acciones por la más poderosa de las avaricias» con espíritu comerciante se encargasen de la ilustración de los hijos de los nativos, ya que «motiva a pensar que la ignorancia de los maestros ha sido más que suficiente para ocasionar la de los alumnos».

Para Lavardén, el comercio era la llave de la civilidad, pero sobreentendía que la educación de los pueblos habría de contar con pautas que permitieran el diálogo y el encuentro bajo el ámbito de la racionalidad para realizar el intercambio. La posibilidad de comerciar los excedentes de las producciones locales abriría un horizonte de oportunidades que sacaría a los labradores y artesanos del estado de pereza en que se hallaban sumidos a causa de la política económica y no por el determinismo climático. La identidad americana, en sus múltiples adscripciones, se encontraba en la tensión oposicional entre la mirada extranjera y la autopercepción criolla. Americanos-españoles frente a europeos, porteños frente a limeños. La civilidad, las buenas costumbres y el comercio fueron la punta de lanza para cuestionar las teorías deterministas y abrir un campo discursivo para imaginar el futuro.

Fuentes impresas y bibliografía

Fuentes periódicas

Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa dedicado a los literatos y curiosos de España, Madrid, n.º 61, 19 de noviembre de 1787. Disponible en: http://hemerotecadigital.bne.es/index.vm (consulta: 27 de octubre de 2017).

Regañón General, El (1804). «Carta segunda de Fr. Juan Anselmo de Velarde», n.º 63, 8 de agosto. Disponible en: http://bibliotecavirtualmadrid.org/bvmadrid_publicacion/i18n/consulta/registro.cmd?id=1576 (consulta: 27 de octubre de 2017).

Semanario de Agricultura, Industria y Comercio. 1802-1803. Buenos Aires: Junta de Historia y Numismática Americana. Reimpresión facsimilar, 1928, vol. 1.

Bibliografía

Amunátegui y Solar, Domingo (1937). *La génesis de una fecunda labor.* Santiago de Chile: Prensas de la Universidad de Chile.

Barral, María Elena (2007). «Disciplina y civilidad en el mundo rural de Buenos Aires a fines de la Colonia». *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, Hamburgo, (44), págs. 135-155.

Barros Arana, Diego (2000). *Historia general de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Bernand, Carmen (2011). «La marginación de Hispanoamérica por la Historia universal europea (siglos xviii-xix)». *Revista Co-Herencia*, Medellín, 6 (11), págs. 107-122.

Bosch, Mariano (1935). «Luis Ambrosio Morante ante el problema del Siripo apócrifo tenido por de Lavardén». *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Buenos Aires, 3 (10), págs. 123-172.

Brading, David (2003). *Orbe Indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*. México: Fondo de Cultura Económica.

Caillet-Bois, Julio (1958). «La literatura colonial». En: Arrieta, Rafael (ed.). *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Peuser, vol. 1, págs. 5-259.

Cañizares Esguerra, Jorge (2007). *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo. Historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo xviii.* México: Fondo de Cultura Económica.

Chiaramonte, José Carlos (1997). *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*. Buenos Aires: Ariel.

Díaz de la Serna, Ignacio (2009). «América». En: Enciclopedia de Diderot y D'Alembert (primera parte). *Norteamérica. Revista Académica del CISAN-UNAM*, 4 (1), págs. 163-204. En línea. Disponible en http://148.215.2.11/articulo.oa?id=193714464005> (consulta: 14 de mayo de 2019).

Lafit, Facundo (2017). «Ilustración española y economía política en la prensa rioplatense tardocolonial». *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, La Plata, 17 (1). Disponible en: https://doi.org/10.24215/2314257Xe039 (consulta: 15 de julio de 2018).

Feijoo, Benito Jerónimo (1779). «Discurso Xv. Mapa intelectual, y cotejo de naciones». En: *Teatro crítico universal*. Madrid: Real Compañía de Impresores y Libreros, vol. 2. Recuperado a partir de: www.filosofia.org/bjf/bjft215.htm (consulta: 15 de julio de 2018).

Fernández López, Manuel (1976). *Comprobaciones, refutaciones y problemas no resueltos del primer pensamiento económico argentino*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad de Buenos Aires. Recuperado de:

http://aaep.org.ar/anales/works/works1976/FernandezLopez.pdf (consulta: 15 de julio de 2018).
Fernández López, Manuel (2005). «Cartas de Foronda: su influencia en el pensamiento económico argentino». Trabajo presentado en Reunión Anual de la Asociación Argentina de Economía Política, La Plata. Recuperado de: www.aaep.org.ar/anales/works/works2005/fernandezlopez.pdf (consulta: 15 de julio de 2018).
García Quintana, Josefina (1974). «Exhortación de un padre a su hijo. Texto recogido por Andrés de Olmos». En: *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, 11. Recuperado de: www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/nahuatl/pdf/ecn11/150.pdf (consulta: 15 de julio de 2018).
Gerbi, Antonello (1960). *La disputa del nuevo mundo. Historia de una polémica 1750-1900*. México: Fondo de Cultura Económica.
Glacken, Clarence J. (1996). *Huellas en la playa de Rodas. Naturaleza y cultura en el pensamiento occidental desde la Antigüedad hasta finales del siglo xviii*. Barcelona: Del Serbal.
Guasti, Niccolò (2014). «Los jesuitas españoles expulsos ante la disputa del Nuevo Mundo». En: De Francesco, A.; Mascilli Migliorini, L. y Nocera, R. (eds.). *Entre Mediterráneo y Atlántico. Circulaciones, conexiones y miradas, 1756-1867*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, págs. 93-108.
Hall, Stuart (2003). «Introducción». En Du Gay, Paul y Hall, Stuart (comps.). *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, págs.. 13-39.
Liss, Peggy K. (1995). *Los imperios transatlánticos: las redes del comercio y de las revoluciones de independencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
Maggio-Ramírez, Matías (2008). «Un puro vegetar. Representaciones de la lectura en el "Semanario de Agricultura, Industria y Comercio" (1802-1806)». En: Brunetti, M.; Maggio-Ramírez, M. y Grillo, M. del C. (coords.). *Ensayos sobre la prensa: Primer Concurso de Investigación en Periódicos Argentinos en Homenaje al Prof. Jorge B. Rivera*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional, págs. 205-292.
Maggio-Ramírez, Matías (2009). «Civilización imaginada. Lecturas sobre civilidad e identidad en el Buenos Aires colonial a través de su prensa periódica». *La Biblioteca*, Buenos Aires, 8, págs. 262-285.
Maggio-Ramírez, Matías (2015). «El color de la palabra. Sobre la sátira de Manuel José de Lavardén y su polémica en el "Telégrafo Mercantil" (1786-1801)». *Dieciocho: Hispanic enlightenment*, Charlottesville (Virginia), 38 (2), págs. 219-238.
Maggio-Ramírez, Matías (2017). «El "Telégrafo Mercantil" y el fomento de la civilidad. El nacimiento de la prensa de costumbres en el Buenos Aires virreinal». *Historia y Comunicación Social*, Madrid, 22 (1), págs. 31-44. Disponible en: https://doi.org/10.5209/HICS.55898 (consulta: 27 de octubre de 2017).
Maggio-Ramírez, Matías (2018). «El lujo y la moda como signos identitarios en la prensa porteña virreinal. Un análisis del "Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico del Río de la Plata" y del "Semanario de Agricultura, Industria y Comercio" (1801-1807)». *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, Cádiz, 24 (1), págs. xxx.
Maggio-Ramírez, Matías (2019). «Civilidad a la mexicana. Lecturas de la "Historia Antigua de México" de Francisco Clavijero en la prensa virreinal de Buenos Aires (1801)». *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, 67 (1), págs. 105-130.
Martínez Gramuglia, Pablo (2009). «El pensamiento agrario ilustrado en el Río de la Plata: un estudio del Semanario de Agricultura, Industria y Comercio (1802-1807)». *Mundo Agrario*, 9 (18). Disponible en: www.scielo.org.ar/pdf/magr/v9n18/v9n18a03.pdf (consulta: 15 de julio de 2018).

Martínez Gramuglia, Pablo (2010). «A la búsqueda de lectores: El "Telégrafo Mercantil"». *Question*, 1 (27). Recuperado de: http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1000 (consulta: 15 de julio de 2018).
Martini, Mónica Patricia (1998). *Francisco Antonio Cabello y Mesa: un publicista ilustrado de dos mundos (1786-1824)*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones sobre Identidad Cultural, Universidad del Salvador.
Medina, José Toribio (2000). *Historia de la imprenta en los antiguos dominios españoles de América y Oceanía.* Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, tomo ii. Recuperado de: www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcws8p1 (consulta: 15 de julio de 2018).
Olsen de Serrano Redonnet, María Luisa (1982). «¿Quién fue el poeta limeño satirizado por Lavardén? enfrentamiento con el Parnaso de Buenos Aires». *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, Buenos Aires, 27, págs. 239-290.
Olsen de Serrano Redonnet, María Luisa (1999). «Las letras». En *Nueva historia de la Nación Argentina. Período español (1600-1810)*. Buenos Aires: Planeta, vol. 3, págs. 281-314.
Parada, Alejandro E. (2002). *De la biblioteca particular a la biblioteca pública: libros, lectores y pensamiento bibliotecario en los orígenes de la biblioteca pública de Buenos Aires: 1779-1812*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
Pratt, Mary Louise (1997). *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
Torre Revello, José (1940). *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española.* Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires / Talleres de Peuser.
Trabulse, Elías (1988). «Clavigero, historiador de la Ilustración mexicana». En: Martínez Rosales, Alfonso (ed.). *Francisco Xavier Clavigero en la Ilustración mexicana 1731-1787*. México: Colegio de México. Recuperado de: www.cervantesvirtual.com/obra-visor/francisco-xavier-clavigero-en-la-ilustracin-mexicana-17311787-0/html/ (consulta: 15 de julio de 2018).
Urteaga, Luis (1993). «La teoría de los climas y los orígenes del ambientalismo», *Geo Crítica. Cuadernos Críticos de Geografía Humana*, (99). Recuperado de: www.ub.edu/geocrit/geo99.htm (consulta: 15 de julio de 2018).
Viñas, David (2005). *Literatura argentina y política. I. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*. Buenos Aires: Santiago Arcos.
Weber, David J. (2007). *Bárbaros: los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*. Barcelona: Crítica.
Wedovoy, Enrique (1955). «Estudio preliminar». En: Lavarden, Manuel José de. *Nuevo aspecto del comercio en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Raigal, págs. 9-108.
Weinberg, Félix(1956). «Estudio preliminar». En: Vieytes, Juan Hipólito. *Antecedentes económicos de la revolución de mayo*. Buenos Aires: Raigal, págs. 13-133.

Fecha de recepción: 6 de febrero de 2018
Fecha de aceptación: 2 de agosto de 2018
Fecha de publicación: 28 de junio de 2019